

Manuel Peña Muñoz

Los Cafés Literarios en Chile



AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

RiL
editores



XIII. LOS CAFÉS LITERARIOS EN EL CAMBIO DE SIGLO

Los años noventa traen el postmodernismo llevado a ultranza y con él, la sofisticación de la tecnología, la comunicación cibernética y el Internet. Surgen los *malls* donde –entre compra y compra– es posible beber un café en vaso plástico con un *donnut* de canela y chocolate en un *Food Garden*.

En la era consumista, el tiempo que antes teníamos para conversar ha sido desplazado por un tiempo para comprar. Ya no se estila reunirse para hablar de libros en un viejo café sino salir de *shopping* a un centro comercial. Son los signos de la modernidad y un paso más a la globalización.

No obstante, ciertos autores se siguen juntando pese a que sus computadoras los mantienen retenidos en sus casas. La escritura en pantalla ha traído como consecuencia una disminución de los grupos literarios de antaño donde los escritores se leían unos a otros y se criticaban.

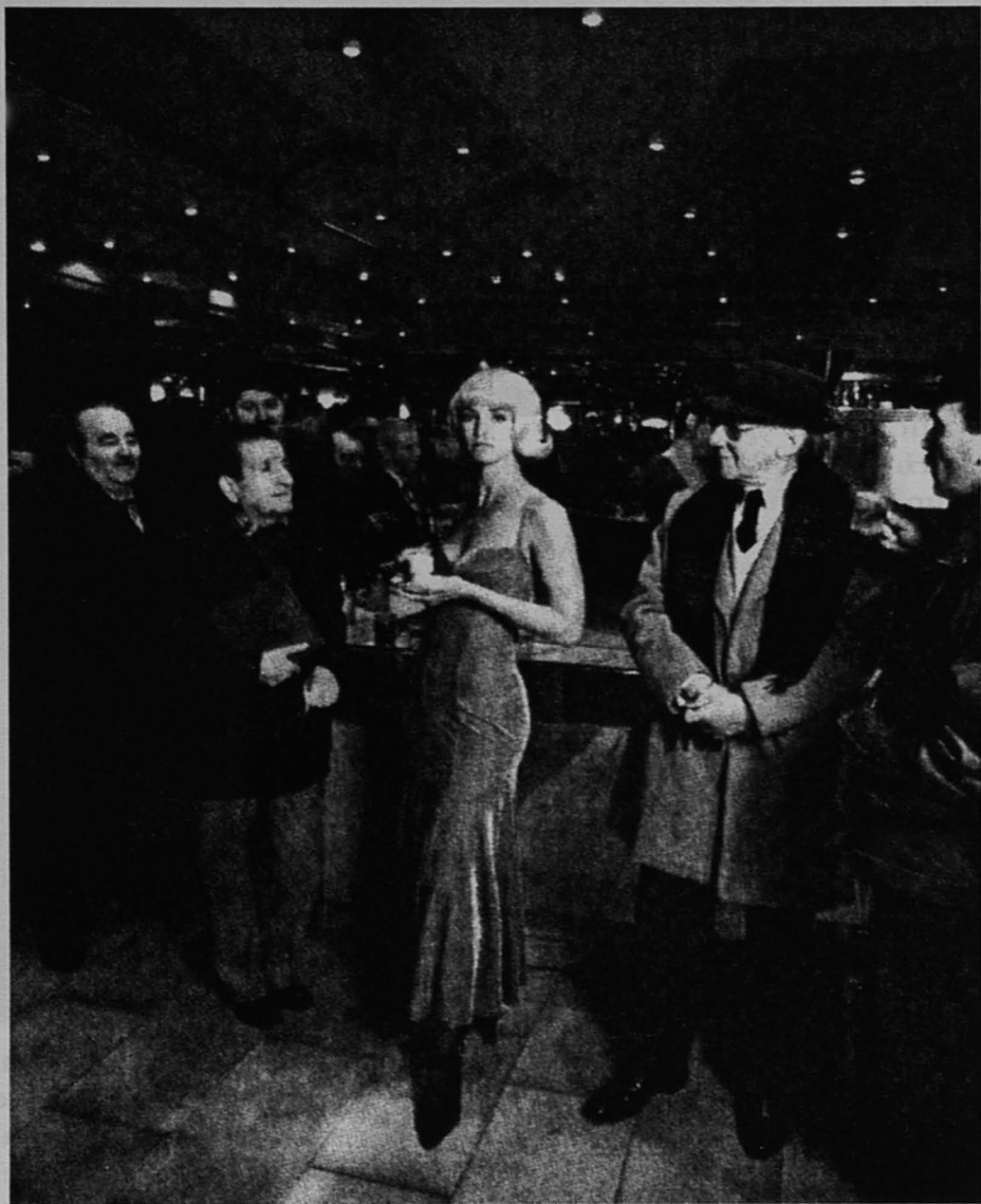
Hoy, el autor trabaja a solas. La escritura computacional y la comunicación se han hecho más efectivas aunque más deshumanizadas. Entonces, la vieja taza de café humeante en torno a la cual era posible conversar hasta tarde, leerse mutuamente y hablar de libros ha sido reemplazada por el frío mensaje vía fax o email.

La comunicación electrónica ha dado paso a una vida más sedentaria, más práctica, más egoísta y por ende, más individualista, donde prima el valor del trabajo, del dinero y mucho menos el de la amistad.

Vivimos una época pragmática en la que el *marketing* impera y los escritores se vuelcan a producir sus libros más que a escribirlos. Ya no hay tiempo para reunirse a conversar. “Es pérdida de tiempo”, parecen decir los jóvenes escritores de la nueva generación que no alcanzaron a conocer la magia de un café y que se aferran a sus pantallas electrónicas comunicándose con sus iguales a través del teclado del computador.

Con todo, algunos autores añorantes siguen prefiriendo puntos de encuentro, quizás como una manera de reforzar la idea de que el ser humano sigue necesitando el contacto humano y real con otro afín. El dramaturgo Benjamín Galemiri que idealiza el Café Tavelli de Manuel Montt, enfatiza: “Es tranquilo. No molesta nadie. Y es un excelente refugio para leer y reunirse con los teatristas. Lo mejor: no es muy conocido”.

En el centro, suele verse al escritor Fernando Emmerich tomando “un café de pie”, modalidad inconcebible hace cuarenta años cuando no existían las prisas de hoy y era posible dejar transcurrir las horas sentado en un viejo café. Conversando con un editor o intercambiando las bases de un concurso literario con un narrador, el encuentro de hoy en el Haití o el Caribe bebiendo “un cortado” o “un express” no dura más de diez minutos.



*Modelo del Café Haití.
Fotografía de Miguel Sayago.*

El barrio céntrico ha quedado atrás, quizás por la delincuencia, la remodelación o el *smog*. Sin embargo, han proliferado en las galerías comerciales de las calles Agustinas y Moneda una serie de cafés que antes no existían en Santiago. Ha llegado la época de los "cafés eróticos".

Tras oscuros vidrios polarizados que impiden mirar hacia adentro, los ejecutivos del centro y los curiosos acuden a tomar un café a media mañana, atendidos por damas ligeramente vestidas o con ropa interior provocativa. El café da la posibilidad de charlar un momento con la modelo que echa personalmente la sacarina o el azúcar y sirve en la mano del habitué el vasito de soda para personalizar el breve encuentro. Una modalidad impensada varias décadas atrás.

Estos Cafés se propagan rápidamente en provincias. A fines de milenio, todas las ciudades de Chile contarán con este tipo de cafés. En Viña del Mar, en la calle Viana, junto al Teatro Olimpo, abre el Café Biagra, (*sic*), en homenaje a la famosa pastilla contra la impotencia que ha revolucionado al mundo. El café tiene como logotipo una pierna femenina y una taza de café parpadeante. Este letrero luminoso en su puerta de entrada simboliza el estilo de Cafés en Chile hacia 1999.

Desde luego que las feministas han salido al paso y han abierto también en el centro de Santiago, principalmente en los pasajes comerciales, pequeños Cafés para ejecutivas atendidos por varones en ajustados pantalones cortos y camisetas negras sin mangas. Todo el ambiente dominado por la penumbra y la música norteamericana de discoteca. Pero no han prosperado.

Los antiguos poetas del centro, bohemios de pipa, tabaco y bufanda larga de los años sesenta, se han tenido que adaptar a los nuevos tiempos, desplazándose ahora hacia el barrio alto usando vestimentas a la moda para reunirse a hablar de libros en lugares asépticos en donde está prohibido fumar...

El Café Tavelli de Providencia

El Café frecuentado hoy día por los escritores y poetas es el Tavelli de Providencia, principalmente su terraza. En un ambiente más acrílico, como en un café de Orlando o de Chicago, han tomado *capuchinos* con sacarina y Coca Colas *light* los escritores Marco Antonio de la Parra, Alberto Fuguet, Raúl Zurita, Darío Oses, Roberto Merino, Jacqueline Balcels, Pía Barros y Diamela Eltit, entre muchos otros.

“Claro que este café es muy distinto a los tradicionales cafés literarios” señala Antonio Avaria. “Podemos decir que está en las antípodas, porque está mal visto fumar y no se expenden bebidas alcohólicas”.

Hay escritores, incluso, como Mario Valdovinos, que van al Café... pero no a tomar café precisamente porque contiene cafeína. Hoy los escritores se cuidan y muchos de ellos no consumen bebidas alcohólicas. Otros no fuman porque el tabaco contiene nicotina. No comen torta porque contiene azúcar, ni crema porque contiene materia grasa. No toman helados porque produce colesterol, ni comen “carnes rojas” porque es perjudicial al organismo...

El hábito alimenticio ha cambiado entre los chilenos que se preocupan ahora de las dietas y de “perder peso”. Surgen los gimnasios para el cultivo del cuerpo. Se practican ejercicios aeróbicos y se desarrollan los músculos en complejos artefactos. Por eso, a la hora de un almuerzo o una cena de escritores hay que pensar mucho y preguntar antes quiénes son vegetarianos para preparar platos especiales.



Terraza del Café Tavelli en el Drugstore de Providencia con la librería de la Feria Chilena del Libro al fondo. Un lugar ideal para reunirse con escritores a media tarde y mirar libros en las librerías Altamira y Ulises.



*El hombre estatua lee también en el Café Tavelli .
Fotografía de Edith Phillips.*

Los grandes almuerzos de escritores alrededor de una parri-llada o de un arrollado de chancho en un Club Radical son impen-sables en el siglo que comienza. Esto incide también en el hábito de reunirse a tomar un café “al paso” con un poeta o un narrador. Los espacios son otros y hasta la hora de juntarse también es dife-rente.

En cincuenta años el estilo de vida ha cambiado mucho entre los chilenos y un joven escritor moderno frente a su *note book* o comunicándose con sus pares vía Internet, mientras bebe una copa de agua mineral sin gas, no puede imaginar siquiera las reuniones de los escritores de la provincia, medio siglo atrás, en el Club de los Bomberos, alrededor de un plato de pernil regado con vino tinto.

La vieja fórmula española de “café, puro y copa”, aquí, en los cafés de la modernidad, no tiene sentido. Si aquellos eran lúgu-bres, llenos de humo, oscuros, un poco sucios, con olor a pipa ma-rinera y con viejos ventiladores de hélice, estos son impecables, muy iluminados *a giorno*, con aire acondicionado, nada de azúcares ni grasas, sin humo, atendido en forma *self service* o atención imper-sonal de los garzones. Definitivamente otro estilo.

En el Tavelli también suele verse al pintor Santos Guerra, que también va al Caffetto. En una mesita, el dramaturgo Jorge Díaz, que ha hecho carrera literaria en España, escribe una nueva obra de teatro y se entrevista allí con editores y teatristas.

En el Tavelli se fundó La Academia Imaginaria en los años ochenta en donde los narradores y escépticos (y también asépticos) literarios se reunían a charlar de libros en un ambiente sofisticado y *light*, rodeado de tiendas de decoración, casas de música y buenas librerías.

Marco Antonio de la Parra señala: “En el Tavelli recibí y otor-gué confesiones sobre la desgracia del artista chileno, esas cosas, la queja, la euforia, la envidia. Tiene escaparates de libros y de música a la mano y todo antojo puede satisfacerse”.

El Café Flaubert

A fines de los años noventa, en pleno cambio de siglo, en un claro afán nostálgico de los cafés parisinos, surge el Café Flaubert en la calle Orrego Luco en donde prima un ambiente refinado y una vuelta a la sofisticada vida social donde el cliente puede elegir dife-rentes clases de té, desde el Earl Grey Tea hasta el té a la bergamota.

Este hermoso Café, decorado con simplicidad, elegancia y buen gusto, con fotografías de Cafés literarios franceses, ha lanza-

do concursos de narrativa a iniciativa de su dueña Ximena, quien ha instituido un premio literario cuya primera edición se entregó a la joven autora Brenda López Saiz.

Comensales asiduos del Flaubert han sido Leopoldo Castañeda, Sol Serrano o Carolina Rosseti. En una mesa, han conversado de libros la escritora Lina Meruane y el autor y crítico Mario Valdovinos. A muchos escritores les agrada el ambiente del Flaubert, aunque Marco Antonio de la Parra, siempre crítico, escribe: "He ido al Flaubert, pero al no haber alfombras, el ruido de las carcajadas estorba".

El especialista francés en cafés literarios Gérard Georges Lemaire señala: "Conocí el Flaubert durante mi primera estadía en Santiago, sencillamente porque ya había escuchado hablar de él en París".

Los bohemios de siempre

En el Café Flaubert se reunieron para una cena de camaradería los organizadores, escritores y colaboradores que participaron en la magnífica exposición "Los Bohemios de Siempre: un homenaje a los Cafés Literarios" proveniente de Francia llevada a cabo en la Corporación Cultural de Las Condes entre el 20 de agosto y el 20 de septiembre de 1998.

Entre los asistentes estaban Monsieur Gérard-Georges Lemaire, curador de la muestra, Francisco Javier Court, Cristián Warnken, Fernando Moya, Elisa Portales y autoridades de la Embajada de Francia, quienes departieron de libros en torno a una deliciosa sopa de ostras.

La muestra, visitada por muchísimo público interesado en la vida de nuestros cafés literarios, contenía pinturas inspiradas en los viejos cafés de París, fotografías de época, amplísima documentación sobre la historia de los cafés europeos y ambientación en vivo de cafés santiaguinos, entre ellos el Torres, el Coppelia, la Pérgola de la Plaza y muchos otros.

Cada café realizó una instalación en donde los visitantes podían sentarse a tomar un café mientras leían una Carta Literaria redactada por los escritores Carlos Franz, Alfonso Calderón, Raúl Zurita, Teresa Calderón, José Ricardo Morales, entre otros, que evocaban lo que para ellos había sido la presencia de un café literario en sus creaciones.

De música de fondo, se ambientó la muestra con tangos, boleros y cuplés de Lilian de Celis. También se colgaron cuadros famosos que estuvieron en cafés y restaurantes como una famosa acuare-

la que estaba en el Restaurant Chez Henry de la Plaza de Armas con personajes de la década del treinta. Esta exposición itinerante pretendía que en cada país se destacara la vida bohemia y sus lugares de reunión. Así, en Santiago, los asistentes pudieron documentarse en torno a la vida de nuestros cafés, salones de té, restaurantes y bares por donde han pasado narradores y poetas para escribir sus libros o para conversar sobre ellos.



Un café para endulzar el amor, Víctor Mira, 1985.

Los Cafés de la era virtual

Monsieur Gérard-Georges Lemaire, especialista en cafés literarios en el mundo, conversó sobre el tema con Cristián Warnken en su visita a Chile en una sesión pública en el Instituto Cultural de Las Condes y contó allí que siempre, cuando visita por primera vez un país, le pide a un taxista que lo conduzca al café más concurrido y famoso del centro de la capital. Generalmente lo conducen a un respetable café lleno de intelectuales leyendo el periódico y conversando de arte en torno a mesitas de mármol con pie de fierro. Sorprendido señaló que el taxista de Santiago de Chile lo condujo al Café El Barón Rojo de la calle Moneda de Santiago, en donde, a mediodía, diferentes burócratas se entretienen bebiendo un café mientras miran a las nudistas que atienden en ropa interior blanca.

Allí le señalaron que muchos abogados y funcionarios del centro aguardan con un café entre el índice y el pulgar que en cualquier momento se pueda producir “el minuto millonario”, durante el cual, las señoritas retiran sus sostenes y atienden a busto desnudo, es decir, en *topless*. Según el especialista, el café más popular es el que marca el espíritu en el que se encuentra una ciudad en un momento determinado de su historia.

En la era de los cafés eróticos y de los “ciber cafés” –donde es posible contactarse con el mundo al amparo de un café y un *mousse* de chocolate– surge como contrapartida la cadena norteamericana de *Au Bon Pain*, al estilo francés, que permite leer el diario, conversar, escuchar música clásica y aún escribir sin que ningún camarero moleste o interrumpa al cliente, mientras el “ejecutivo” bebe su vaso de café de grano –*self service*– o saborea su *muffin* humeante y recién salido del horno sobre una mesita de mármol vetado.

No todo está perdido. Al lado de la Librería Ulises y del Café Tavelli, surgió el Café Mundos, cuyo ambiente se presta para la conversación silenciosa y la lectura del libro recién comprado en esta excelente librería, muy bien diseñada y con una atractiva selección de libros y novedades.

El ‘Doctor van der We intraube’ que tiene la columna “El Lector Compulsivo” en la “Revista de Libros” de *El Mercurio* escribe el 17 de marzo del año 2001 un breve artículo que titula “Lectura en el Café” y allí señala: “‘Mundos’ tiene mesas cuadradas de madera, ideales para el papel, el cuaderno, la croquera, el volumen. Le falta bollería, pero tiene tiempo y abre hasta muy tarde. Leer de madrugada, encontrarse con un libro en la mano. Y contarle a alguien

una vez más de 'Chevengur' y Andrei Platónov y decirle que es una obra magnífica". Y concluye reflexionando: "No morirse tanto, el tiempo para un café, largo, largo como el mundo"...

El Café Cory

Otro café de actualidad es el Cory que inicialmente fue una pastelería fina de origen austríaco abierta en la calle Colón en los años setenta.

Posteriormente la familia abrió pastelerías con café, tal como se estila en las calles de Viena. Así surgieron diversas sucursales en puntos concurridos de Santiago: en Providencia al llegar a Luis Thayer Ojeda, en el Mall de Alto Las Condes y en el Mall Panorámico de la avenida 11 de Septiembre, donde habitualmente hay conciertos en vivo de operetas y comedias musicales.

El Café Cory tiene su origen en una tradicional pastelería fundada en Austria en 1898 por los hermanos Jacques y Max Unger, hijos del joven barón teniente coronel Josef von Unger, cuyo triunfo en la batalla de Navarra en 1849 le valió su título de nobleza. Desde ese momento, el barón les transmitió a sus hijos una profunda convicción pacifista y un hondo deseo de que siguieran oficios y profesiones no ligados a la antigua actividad militar de la familia.



*Medallón de la
Emperatriz de Austria
y Reina de Hungría,
Elisabeth de Baviera, Sissi:
Logotipo del Café Cory.*

Los hermanos educados en unos principios humanistas, inauguraron en el elegante balneario de Bad Vöslau de Austria, la Pastelería y Delikatessen Hermanos Unger (*Brüder Unger*) abriendo posteriormente sucursales en el Séptimo Distrito de Viena, la capital imperial.

La excelencia de estos establecimientos, su decoración y la calidad de sus productos motivaron a Su Majestad el Emperador de Austria Francisco José I a concederles el título de Proveedores Imperiales y Reales de la Corte de Viena. De aquellas pastelerías saldría la famosa torta Emperador Francisco José que era una de las preferidas en la corte.

En 1924 los hermanos Unger entregan sus deliciosos productos a los grandes hoteles elegantes del balneario de Semmering y diez años más tarde, inauguran en Viena los primeros establecimientos con máquinas y hornos para fabricar tortas y pasteles cada vez de mayor calidad.

La dulce tradición de los famosos Hermanos Unger la continuaron en Chile sus descendientes, los actuales Hermanos Unger, Johnny y Andrés.

Andrés, maestro pastelero titulado en la noble y antigua pastelería Demen de Viena (lugar favorito de la emperatriz Elizabeth de Austria, más conocida como Sissi) es indudablemente el creador de insuperables postres y pasteles, en tanto que su hermano mayor Johnny, es quien se ocupa de las relaciones comerciales de la empresa. El lema familiar latino: *Veribus unitis*, (*Con Esfuerzo Común*) se manifiesta así en esta última generación de los hermanos Unger.

En estos Cafés santiaguinos respiramos la inconfundible atmósfera de Viena y saboreamos el Café Diplomat con una porción de licor de huevo cubierto con crema chantilly y aromático polvo de cacao. También es exquisito paladear el Café Veneciano o el Bucanero con unas gotas de ron, mientras escuchamos *Viena, ciudad de mis ensueños* o un aria de *El murciélago* de Strauss...

El acompañamiento ideal para estos tipos de cafés es un platillo de galletas en forma de media luna que recuerdan la victoria de Viena sobre los turcos en el siglo XVII. También es posible degustar la torta María Antonieta, llamada así en recuerdo de la Reina, que es una de sus especialidades de la casa.

El Café Cory del Alto Las Condes tiene un punto más de sofisticación que los otros, ya que las tazas de café se llevan a la mesa sobre pequeñas bandejas de acero. Además, entre la taza y el platillo hay una blonda de papel de encaje. Igualmente, como en los cafés de Viena, hay soportes de madera con los periódicos del día para que los clientes puedan hojear y leer libremente la prensa. Con eso se

persigue que el público se sienta cómodo y pueda, como en Europa, dejar correr el tiempo sin prisa, demorándolo y saboreándolo. Como lo hace el poeta Eric Pohlhammer, a quien vemos bebiendo un “cortado” en el Café Cory, mientras consulta libros de poesía.

El primer logotipo del Café Cory –nombre de fantasía– representó la silueta de un músico de pelo largo, vestido de frac, tocando el violín. Posteriormente se cambió al clásico medallón de la emperatriz Sissi, Reina de Hungría y Bohemia por su matrimonio con Francisco José I, en traje de coronación como Reina de Hungría.

El Café Geraldine

Es uno de los últimos cafés elegantes de la capital, situado en la calle Juan XXIII, en el barrio de Vitacura, en las inmediaciones de la Clínica Alemana. No es un café literario sino comercial, pero es posible estar allí en un ambiente placentero, disfrutando de una taza de té junto a una buena pastelería y panes finos salpicados de semillas de amapola y sésamo.

El Café de Antaño

Situado en la calle Luis Pasteur del barrio de Vitacura, este café emula los cafés de los viejos tiempos, sin la impronta ni la historia genuina. Como decorado funciona, aunque no es un café de escritores precisamente, sino más bien un lugar agradable donde tomarse un café, sentirse bien y reunirse con las amistades.

La Orquesta de Cristal

A fines de siglo XX, en enero de 1999, se gesta un interesante Café Literario en un Libro Café de la calle Purísima en el Barrio Bellavista. El ambiente de silencio, los libros allí reunidos y la mística del lugar eran propicios para esta clase de encuentros. Así lo comprendieron el poeta Erwin Díaz y la periodista de la “Revista de Libros” de *El Mercurio*, María Teresa Cárdenas. Ellos, con gran dedicación y amor al libro, organizaron veladas literarias en este Café de escritores llamado *La Orquesta de Cristal*, nombre derivado de un verso del poeta Enrique Lihn.

La iniciativa tiene gran éxito y rápidamente el público acude regularmente los días martes por la noche a escuchar a los autores entrevistados. Allí se dieron cita Gonzalo Millán, Jorge Edwards, Stella Díaz Varín, Floridor Pérez, Raúl Zurita... Y a su paso por Chile, fueron entrevistados Óscar Hahn y Roberto Bolaño entre muchos otros.

Al año siguiente el Café Literario iniciado allí se traslada a Borde Río, un sector de restaurantes elegantes en el Barrio Oriente de la capital, en la ribera del río Mapocho. Si bien es cierto el lugar era más sofisticado, no tenía el ambiente literario del inicial. Sin embargo, el público era distinto. Ahora los encuentros literarios estaban auspiciados por *Tobacco & Friends*.

A estos Cafés Literarios del cambio de siglo acuden a hablar de su obra, entre muchos otros, Gonzalo Contreras, Carlos Cerda, Raúl Zurita, Marta Blanco, Roberto Ampuero y el escritor peruano Jaime Bayley que cerró el ciclo del año 2000.

En marzo del año 2001, estos Cafés Literarios se retoman, participando el escritor peruano Alfredo Bryce Echeñique, la escritora Marta Blanco y el joven narrador chileno Luis López Aliaga, quienes hablaron "sobre viajes y retornos, boom latinoamericano, mitos y desilusiones".

Cafés recientes

En enero del año 2002 recorrimos el Barrio Bellavista en el que destacamos el Café *Off the Record*, en la calle Antonia Lope de Bello, en el que se dan cita intelectuales y escritores, en torno a la figura del periodista literario Fernando Villagrán. Hay también Cafés de Cuenta Cuentos, como La Casa en el Aire y Cafés de teatristas en la calle Chucre Manzur, en tanto que en el corazón de Providencia, se inauguró *The Coffe Club*, un amable rincón que promueve esta exquisita bebida y que permite a su clientela probar los diferentes sabores de cafés traídos de distintos lugares del mundo.

Destacamos también el Café *Cinnamon* de la familia Paredes Salañe en Condell 340, que funciona en una casa tradicional del barrio de Providencia desde 1993, manteniendo un aire señorial con los muebles originales de la familia. Al Café suelen acudir músicos, como el director de orquesta Juan Pablo Izquierdo y escritores relacionados con las editoriales Arrayán, Universitaria y Pehuén, que degustan un café saboreado con almendra, avellana, caramelo o vainilla y en un agradable ambiente.

El Café Literario del Parque Balmaceda

Una excelente iniciativa ha tenido la Municipalidad de Providencia al crear este Café Literario en el Parque Balmaceda, frente a la calle Condell. Bajo los inmensos ceibos centenarios, se ha construido especialmente este lugar que cuenta con cafetería, biblioteca y espacios que estimulan la actividad intelectual y literaria. Se inauguró en junio del año 2001 con numeroso público. En la actualidad hay encuentros literarios, talleres de poesía y cuento, conferencias y actividades orientadas a la vida literaria.



*Ambiente en la terraza del Café Literario del Parque Balmaceda.
Fotografía de Guillermo Palma.*

Los Cafés del futuro

¿Cómo serán los Cafés literarios del futuro? ¿Existirán? Raúl Zurita se pregunta: “¿Habrà nostalgia? Otros Diego Maquerra, otros Carlos Franz, otros Arturo Fontaine, otros Gonzalo Contreras, otros Martín Hopenhayn se reunirán en días prefijados, bajo soles desconocidos, para hablar de literatura, pero terminarán como lo hacían antes, hablando de sexo, porque en la soledad de esos mundos virtuales, de los *mails* y de las teleconferencias, será seguramente aún más urgente que hoy, más importante que lo literario, más doloroso y desesperado”.

En tanto que Carlos Franz escribe: “Una ciudad sin cafés o bares de esta especie –o que los reemplaza exclusivamente por la sordera organizada de la *disco* donde nadie oye a nadie, o por el *pub* americano con la televisión encendida–, es una polis sin poesía”.



El Café Literario:

Una arquitectura con poco encanto para la poesía.

¿Habría venido aquí Jorge Teillier?...

Una reflexión sobre los cafés literarios nos permite comprobar cómo –a pesar de las modas– el ser humano sigue necesitando el espacio comunitario donde crear, sentirse integrado en un grupo de iguales, intercambiar ideas para la creación y –sobre todo– ejercitar ese ancestral y olvidado arte de compartir.

Manuel Peña Muñoz.

CAFETERIA

